

XVII.

De cómo saldó sus cuentas con la justicia Martin Garatuza.

LA policía del marqués de Cerralvo y del visitador Carrillo, no inquietaba, por cierto, mucho á Garatuza, á pesar de que la Audiencia habia dado sus órdenes para que todos los alcaldes procurasen su aprehension. Martin era hombre de recursos, y en último caso hubiera mudado de domicilio y marchádose á la ciudad de Puebla ó Valladolid; pero estaba empeñado en el negocio de Doña Esperanza, que además de su amor propio comprometido, le ofrecia un buen porvenir para su hija; y Martin comenzaba ya á pensar en el porvenir.

Así es que se hacia preciso para obrar con mas libertad, saldar cuentas con la justicia, y Garatuza se determinó á verificarlo.

Llegó con Doña Esperanza á la casa de Mejía en el momento en que éste acababa de espirar; Esperanza no pudo soportar aquel nuevo golpe y se desmayó; pero en aquellos momentos de confusion en la casa, nadie notó nada, y Garatuza luego que la jóven volvió en sí, la condujo, procurando no llamar la atencion, á su casa.

En aquel momento comenzaba verdaderamente la lucha: Don Alonso y Doña Catalina tomaban posesion de hecho de los inmensos bienes de Don Pedro; y aunque Martin contaba con el testamento, que era una arma poderosísima, sin embargo, los contrarios eran ricos, y esto les daba una gran superioridad.

Lo primero en que pensó Martin, fué en quitarse de encima toda persecucion por parte de la justicia; así es que luego que dejó á Esperanza en su casa, salióse á disponer lo necesario para lograr sus planes.

En uno de los barrios mas pobres y apartados de la ciudad, en una casucha triste y miserable, estaba tendido el cadáver de un hombre como de cuarenta años, casi desnudo; tenia á su lado una pequeña vela de sebo que ardia pegada en el suelo, y sobre el estómago del cadáver habia un plato de barro, viejo y roto, en el que se habian depositado algunas monedas de cobre.

Una vieja hilaba sentada á la puerta del cuarto.

Martin pasaba por allí, metiendo la cabeza en todas las casas y procurando encontrar algo: al ver aquel cadáver se detuvo y dijo dentro de sí:

—Este me conviene.

La vieja alzó el rostro para mirar á Martin.

—Buenas tardes os dé Dios—dijo Garatuza.

—Buenas tardes—contestó la vieja.

—¿De qué murió ese pobre señor?—dijo Martin señalando el cadáver.

—Quién sabe; yo ya le encontré muerto.

—¿No era vuestro pariente?

—No tal; que yo por obra de misericordia he venido á cuidarle, mientras se junta para su entierro, porque como está solo, no vayan á comérselo los puercos ó los perros.

—¡Pobre hombre! ¿De modo que no tiene parientes, ni amigos, ni nadie que por él se interese y lo mande enterrar?

—Nadie: yo le he puesto ese plato en la *barriga* para ver si se *junta* para la mortaja y la sepultura.

—Trazas tiene de no *juntarse* nada.

—Así es en efecto, y me causa mucha tristeza: ¿quién sabe cuántos años le costará de purgatorio, eso de que le sepulten sin mortaja!

—Puede ser.

—¿No me ayudais con nada?

—Sí, os ayudaré, y mas de lo que podeis suponer; que yo haré por mi cuenta todos los gastos del entierro y la mortaja, sin que vos tengais que molestaros.

—Entonces, ¿sereis muy rico?—preguntó la vieja con admiración.

—Muy rico, no; pero tengo lo suficiente para estos gastos, y los haré: ante todo quitad el plato y el dinero que se ha reunido.

—¿Y qué hacemos con ese dinero?

—Es muy poco y no quiero que nadie me ayude: tomaos el dinero, y rezad en pago alguna cosa por el descanso de esa alma.

—¿No se gravará con eso mi conciencia?

—¿Qué se va á gravar! ¿Creeis que yo que pago todos los gastos, no sea libre de disponer de esa pequeña cantidad?

—Sí lo sois.

—Bien; pues tomadla bajo mi responsabilidad y á cargo de mi conciencia.

—Así, sí.

—Despues, hacedme favor de cuidar aquí, hasta que yo mande unos hombres con un ataúd por el difunto, para que le trasladen á otra casa en donde le vistan y le amortajen.

—Solo que yo tengo que hacer y pierdo aquí mi tiempo.

—Nada perdereis, porque los mismos que vienen por el cuerpo, os darán un regalo de mi parte, y yo os doy esto á cuenta y como parte de la recompensa que Dios os enviará por vuestras buenas acciones.

Y Martin dió dos duros á la vieja.

—Que su Divina Majestad os haga muy rico—exclamó la vieja guardando su dinero:—y ahora, ¿qué mas quereis que haga?

—Que nada, ni á nadie digais nada de cuanto aquí hemos hablado, ni de lo que va á pasar, porque tratándose de caridad, la mano derecha no ha de saber lo que da la izquierda.

—Está bien: ¿y á qué hora vendrán los hombres por el cadáver?

—Dentro de dos ó tres horas.

—Esperaré.

—Adios.

Martin se encaminó entonces á una casita pequeña tambien, que estaba por las calles que hacian espalda al monasterio de Santo Domingo.

Era una casa entresolada con una sola ventana, y el zaguán estaba cerrado.

Martin llamó, y una negrilla llegó á abrirle y le preguntó:

—¿Qué mandaba su señoría?

—¿Está ahí la Perla?

—¿Qué perla?

—No te hagas la tonta, tu ama Andrea.

—Sí, señor.

—Entra á decirla que aquí la busca el Bachiller, su amigo de otros tiempos.

—¿La gracia de su señoría?

—Dí como te digo, y no tardes.

La negrilla se entró precipitadamente, y poco despues salió hasta el zaguan la misma dueña de la casa.

Era una mujer jóven aún, pero demasiado gruesa; sus facciones conservaban todavía los restos de una gran hermosura, pero en ellas se notaban esos rasgos característicos de una vejez prematura producida por los vicios y los desórdenes: aquella jóven vieja llevaba un trage de colores muy vivos, y multitud de cintas y adornos en la cabeza. En México no estaba vigente ya la Ordenanza de Felipe II, que prevenia que las mujeres de mala vida vistieran de paño pardo con adornos de picos en el trage, de donde vino el refran vulgar de «andar en picos pardos.»

—¡Bachiller!—exclamó la mujer al ver á Martin, y arrojándose descaradamente en sus brazos.—¡Qué milagro! ¿Qué santo te trae por aquí, despues de tantos años? Entra, entra, mi bien, que no te he olvidado.

La Perla, como la habia llamado Martin, le hizo entrar, llevando enlazados sus brazos al cuello de Garatuza.

—Mi Perla—dijo Martin—¿estás sola? ¿podemos hablar un rato?

—Por supuesto, por supuesto; si tú no sabes el gusto que tengo en volverte á ver; se me figura que vuelvo algunos años atrás; ¡éramos tan felices! ¡qué vida! ¡te acuerdas? ¡qué paseos! ¡qué bailes! ¡qué almuerzos!

—Sí, Andrea, me acuerdo; ¿pero no vendrá á interrumpirnos nadie?

—Nadie; ¿quién ha de venir? Además, ahora verás: ¡Dominguilla! ¡Dominguilla!

—Mande la señora—dijo la negrita.

—Cierra, hija mia, y á nadie le abres, ¿lo oyes? no estoy aquí.

—Sí, señora.

—Quiero dedicarle todo mi tiempo al Bachiller, á mi ingrato Bachiller, que no habia venido hace tantos años.

—Gracias, Andrea. Pero vengo á que hablemos de un asunto en que puedes servirme mucho.

—Habla, mi bien, habla.

—¿Estás libre, Andrea?

—Libre, como la pluma en el aire.

—¿Es decir que puedo contar contigo?

—Como siempre; ya sabes que yo te quiero como antes, y te vendrás á vivir aquí á mi casa, y te cuidaré al pensamiento, y nadie entrará aquí mas que tú.....

—No, no se trata de eso—dijo Martin cortando el torrente de palabras de la Perla:—Andrea, ya somos viejos para esos amoríos.

—¿Viejos?—dijo la Perla haciendo un dengue.—Si no tienes ni una cana, y eres capaz todavía de causar ilusion á cualquiera mujer.

—¡Vaya! Pero no se trata de eso, es otra clase de negocio el que vamos á arreglar.

—Sea como quieras. Dime, ¿qué hay?

—Necesito que recibas aquí á un muerto.

—¡A un muerto! ¡Ave María Purísima!—dijo la Perla santiguándose.

—Sí, es decir, á un cadáver.

—¡Jesus me acompañe! ¿Pero cómo? ¡Dios me libre y me defienda!

—Oyeme, óyeme; á un cadáver, que he de ser yo.

—¿Tú? ¡Santo fuerte! Tú te has vuelto loco.

—No, sino muy cuerdo. Es un cadáver, que diremos que es el mio, y que me he muerto.

—¿Pero para qué? ¿para qué? Explicate.

—Porque tengo muchas cuentas con la justicia, y así salimos de empeños.....

—Acabarás! es decir, que se murió otro, y se dice que tú; y muerto el perro..... vaya..... caigo en la cuenta.

—Eso es. ¿Conque me ayudas?

—¡Pero eso de traer un muerto á mi casa! y luego, ¿de dónde cogemos ese muerto?

—Eso correrá de mi cuenta.

—Pero pierdo mucho.....

—Nada, yo te pagaré bien, y no tendrás de qué quejarte por eso.

—Vamos á cuentas; primero el plan, y luego el precio.

—Eso se llama entrar en razon.

—Habla.

—Yo mando traer al muerto, aquí lo visten y lo amortajan, y lo lavan y todo eso.

—¿Pero quién? Yo, no.

—Por dinero baila el perro. Yo te daré dinero, y no faltará quien lo haga.

—¿Qué mas?

—Escribiré una carta que llevarás al virey, fingiéndote mi mujer.....

—Buena es esa. ¿Y dónde veré al virey?

—Todo te lo explicaré despues; y él cree que yo le escribí, que he muerto; se esparce la noticia, vienen á ver el cadáver, me entierran, y *Laus Deo*, se acabaron las persecuciones y los exhortos contra mí.

—Dicho es muy fácil; pero quién sabe.

—Ya lo verás; ¿consientes?

—Se me figura increíble tener aquí á un muerto.

—Por pocas horas, que vamos á adelantar el trabajo: voy á darte una carta para el virey, que llevas á palacio luego,

que es hora esta en que da audiencia: por supuesto vas llorando, y le cuentas que escribí la carta y *troné*: si puedes conseguir que mande un oficial de justicia para el entierro, es mejor, y él te dará dinero para tí, y yo te daré mas.

—Me atengo al que tú me des.

—¿Cuánto quisieras?

—La verdad, el sacrificio es grande, y vale cien duros; ¿te parece mucho?

—No, cuenta con doscientos.

—Eres encantador—dijo la Perla besando á Martin.

—Pues anda á vestirme, mientras pongo la carta; ¿tienes recado de escribir?

—Sí, ahí está.

—Pues vé á vestirme.

—¿No te parezco bien así?

—Hermosísima; pero el virey no creerá en la viudedad por lo mismo que estás tan bonita y tan elegante.

—¿Qué me pongo, pues?

—Un vestido negro, viejo, y un manton; te quitas esos adornos de la cabeza, te despeinas un poco, y procuras frotarte los ojos con algo, para que parezca que has llorado.

—¿Con mis cabellos?

—Con lo que quieras, ya sabes el objeto.

—Voy, y ya verás.

—Oyeme; ¿la negrilla es de secreto?

—Es una mujer de pecho como un sepulcro.

—Adviértele.

—Le diré, no hayas cuidado.

La Perla se entró á vestir, y Martin se puso á escribir la carta para el virey, que meditó á todo su gusto.

Por fin volvió á salir Andrea.

Estaba como Martin se lo habia dicho, vestida de negro,

y con los ojos encarnados como si hubiera llorado ocho dias consecutivos.

—¿Qué tal te parece?—dijo haciendo una caravana.

—Soberbia.

—¿Ya está la carta?

—Sí; óyela.

—Ante todo, ¿qué tengo que hacer?

—El papel de una viuda escandalosa, que quiere á todo trance arrancar dinero al virey y hacer que entierren de balde á su marido.

—Adelante; á ver la carta.

Martin leyó en voz alta:

«Excmo. Sr. Virey:

Cercano ya el fin de mi vida por una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarme, y debiendo á su divina Majestad el señalado favor de morir cristianamente y en su santa gracia, con todos los auxilios espirituales que necesarios son para el trance postrimero; en descargo de mi conciencia, y próximo ya á comparecer ante mi Dios y Señor, me dirijo humildemente á V. E. para pedirle su perdon como representante de S. M. el rey mi Señor (Q. D. G. M. A.) por haber ofendido su justicia, y en particular á V. E. por haberle engañado entrando á su servicio con el supuesto nombre de Benjamin.

Si V. E. me otorga el perdon que humildemente solicito, podré morir tranquilo.

Así lo espero de la magnanimidad de V. E., interponiendo como mi abogada y madrina á mi madre María Santísima de Guadalupe.

Dios guarde á V. E. muchos años.—B. L. P. de V. E.
—*Martin de Villavicencio* (llamado Garatuza.)»

—Muy bien—dijo la Perla cuando Martin acabó de leer —muy bien, comprendo ahora perfectamente.

—Bien; pero anda á Palacio.....

—¿Y qué sucede, tú has muerto ó no?

—Claro está que sí; y si puedes conseguir que el virey me mande enterar.....

—Eso es: ¿y si se acompaña conmigo un alguacil para venir á ver el cadáver?

—Nada temas, cuando vuelvas todo estará arreglado.

—Entonces hasta luego.

—Hasta luego.....

La Perla se envolvió en su manton, se echó en la cara un velo y salió.

—Mi vida—le gritó Martin.

—¿Qué hay?

—Advierte á la negrilla que yo puedo hacer aquí lo que quiera.

—Sí.

La Perla habló con la negrilla y salió.

A poco salió Martin en busca de un ataud y dos cargadores para conducir el cadáver que habia contratado y llevarlo á la casa de Andrea.